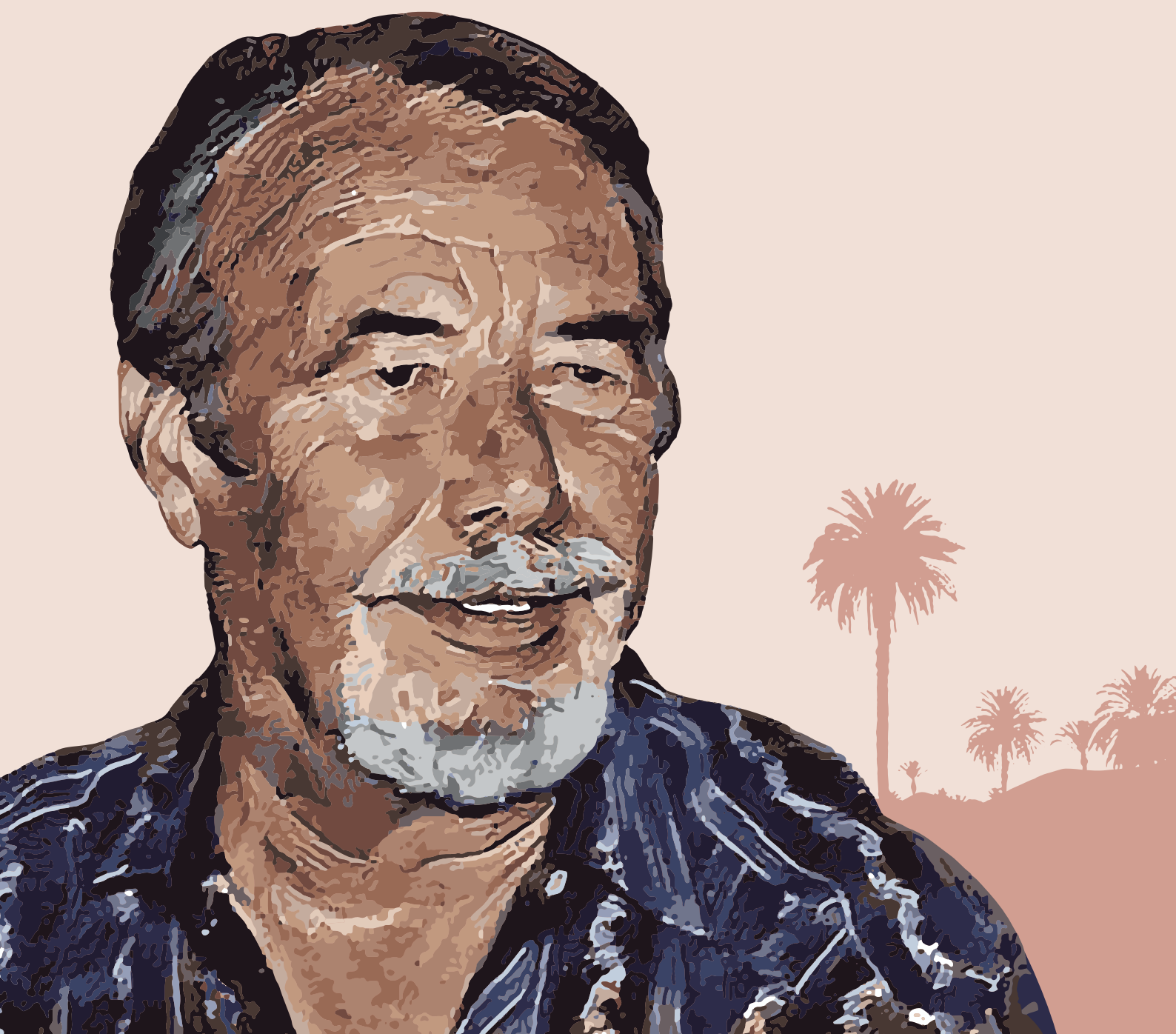


Rafael Arozarena

Los hechizos de un poeta



© **de la edición**

Gobierno de Canarias

Coordinación de la publicación

Rafael Padrón Fernández
Teresa Acosta Tejera

Coordinación editorial

Viceconsejería de Cultura y Deportes

Diseño y maquetación

Gestión de Ediciones y Prensa S.A.

Textos

© Los autores

Fotografías

© [AHRA] Archivo Hijas de Rafael Arozarena

Impresión

Litografía Trujillo

Depósito Legal: TF 122-2017

No está permitida la reproducción de los textos ni de las imágenes de esta revista sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.



El Día de las Letras Canarias llega un año más para darnos la oportunidad de ahondar en la vida y la obra de una figura esencial de la literatura canaria, cuya aportación a nuestro patrimonio artístico e intelectual suponga un enriquecimiento como sociedad.

Con cada edición celebramos la literatura y, por encima de todo, la memoria como uno de los mayores dones que se puede tener; gracias a ella, sabemos no solo por qué estamos aquí, sino cómo hemos llegado hasta aquí.

Este año, Rafael Arozarena será memoria viva a través de las páginas de su obra, fuertemente arraigada a las pasiones y a las preocupaciones de la humanidad. El autor de *Mararía* y Premio Canarias de Literatura realizó una de las contribuciones más interesantes a la literatura canaria de la segunda mitad del siglo XX, que abarca tanto la poesía como la novela.

Componente del grupo fetasiano, en medio de la opresiva realidad de los años del franquismo, desarrolló una visión sobre la literatura, el ser humano y su difícil relación con el mundo, que constituye un eslabón fundamental de la cultura canaria contemporánea.

En esta corriente narrativa, caracterizada por el aislamiento, la soledad, la interpretación del ‘yo’ en el mundo, Rafael Arozarena afirma que la filosofía fetasiana es “ese caminar sin saber adónde, ese pasear alegres por la vida sin pedirle muchas explicaciones a la muerte... Buscamos una verdad que llene nuestra sangre”.

Perteneció a un grupo que realizó una revolución en la literatura de posguerra, la de los fetasianos que, en años difíciles, hicieron tertulia, confluyeron en comunes lecturas y se aproximaron a una cierta afinidad de pensamientos y de actitudes.

El rechazo a la literatura oficial y la soledad en la que gestaban la suya; la confluencia con algunas de las conquistas de la generación de “Gaceta de Arte”; la atracción por el existencialismo; el afecto por los grandes poetas y narradores occidentales; y el retiro hacia un ambiente primitivo, dieron cuerpo y forma a su literatura y a su experiencia de madurez, de la que da buena cuenta la obra de Rafael Arozarena.

El Día de las Letras Canarias no solo contribuye a proyectar la trayectoria de uno de nuestros más insignes escritores, sino que se preocupa también de fortalecer la presencia de nuestra literatura, con el único propósito de transmitir los valores universales que radican en ella: la sensibilidad que nos hace comprender el mundo e intentar mejorarlo cada día.

María Teresa Lorenzo Rodríguez

Consejera de Turismo, Cultura y Deportes
Gobierno de Canarias



La celebración del Día de las Letras Canarias nos ofrece la oportunidad, cada año, de ahondar en la vida y la obra de una figura esencial de la literatura canaria, cuya aportación a nuestro patrimonio artístico e intelectual suponga un orgullo para todos. Este año, reconocemos con toda justicia la enorme aportación de Rafael Arozarena a la literatura canaria.

Nuestra Comunidad difundirá sus espacios imaginarios que nos trasladan al mar o al interior de la isla como metáforas, a través de sus libros y poemas, con la intención de que la belleza y la verdad que atesoran sus páginas escritas lleguen al mayor número de lectores. Autor polifacético, su libertad narrativa le sirve para contagiar la esencia insular, revelarla y encontrar su medida.

El Día de las Letras Canarias no solo contribuye a proyectar la trayectoria de uno de nuestros más insignes autores, sino que se preocupa también de fortalecer la presencia de nuestra literatura, con el único propósito de transmitir los valores universales que radican en ella.

El escritor tinerfeño consiguió expresar una filosofía común que brota de cada uno de sus libros desde la complejidad existencial de la isla.

Gracias a su novela *Mararía*, una joya de la literatura canaria, Rafael Arozarena se convirtió en uno de los escritores canarios más conocidos por el gran público. Una obra de obligada lectura para los escolares de las islas y probablemente la novela canaria más leída. *Mararía*, que quedó finalista del Premio Nadal de 1971 y se publicó en 1973, le dio al escritor una fama inesperada, pues la obra se llevó al teatro y se realizó una película dirigida por Antonio Betancor, estrenada en 1998.

Cada 21 de febrero, Día de las Letras Canarias, nuestra Comunidad recuerda, también, el fallecimiento de uno de sus más destacados hijos, José de Viera y Clavijo. La herencia de quien en vida mereció el epíteto de “historiador de Canarias” es ingente y su biografía supone un ejemplo de superación personal y de honestidad intelectual. Canarias, además, reconoce en Viera y Clavijo a todos quienes, a través del mundo de las letras, en sus manifestaciones y en tiempos diferentes a lo largo de la historia, han contribuido y contribuyen a nuestro desarrollo cultural.

Canarias quiere con ello mostrar el camino recorrido, la tradición que la conforma y la enriquece, que la vincula y la diferencia del resto de las naciones del mundo. Por eso, cada año, celebramos a uno de los partícipes de esta tradición, cuyas letras nos sirven de ejemplo, de estímulo, y nos ayudan a crear y a impulsar hábitos lectores entre los habitantes de estas Islas.

Aurelio González González

Viceconsejero de Cultura y Deportes
Gobierno de Canarias



Sumario

4 Cronobiografía

6 Verbo robado al tiempo

Juan José Delgado Hernández

8 Con el mar al fondo

Cecilia Domínguez Luis

10 Rafael Arozarena-Mararía

Félix Hormiga

12 Hablaba con el aire

Juan Cruz Ruiz

14 Balance de Rafael Arozarena

Juan-Manuel García Ramos

16 Lo fetasiano

José Antonio Padrón

18 El comodín Fetasa

Roberto García de Mesa

20 Arozarena Doblado en tres palabras

Sabas Martín

22 Arozarena entre los raros

Victor Álamo de la Rosa

24 Rafael Arozarena en su isla-mundo

Oswaldo Guerra Sánchez

26 Juan Pitín

Eliseo Izquierdo

28 La intensa fusión naturaleza y literatura

Fátima Hernández Martín

30 Rafa, el escritor entomólogo

Juan José Bacallado Aránega

2006



2007



2010



2011



2012



2008



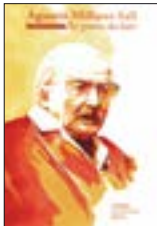
2009



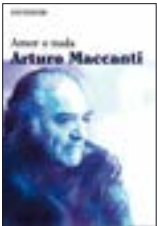
2013



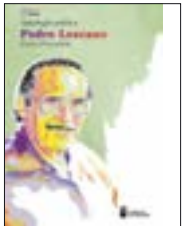
2014



2015



2016



Cronobiografía

“Mirar al mar, saberse isla”

1923. Nace en Santa Cruz de Tenerife el 4 de abril. Hijo de Domingo Arozarena Reyes y Elia Doblado Sáiz.

1928. Inicia sus estudios primarios en el Colegio de San Ildefonso.

1931. Muere su madre cuando Rafael tiene 8 años.

1935-1942. Hace el bachillerato

transmite su afición al estudio de los insectos. Publica su primer relato (“El idilio del río”) en la revista *Arco*, dirigida por su amigo Víctor Galtier.

1946. Publica *Romancero canario*, algunos de cuyos poemas habían sido editados previamente en la revista *Mensaje* del Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife.

de Viana (Cabildo de Tenerife) por su obra *Coronación de abril*.

1952. Comienza a trabajar como practicante, profesión que mantendrá hasta su jubilación, primero en el Servicio Portuario de Santa Cruz de Tenerife y luego en la Residencia Nuestra Señora de la Candelaria, en la misma capital tinerfeña.



en el Instituto de Segunda Enseñanza (plaza Ireneo González de Santa Cruz de Tenerife) y, luego, a partir de 1937, en el Instituto General y Técnico de Canarias (actual Cabrera Pinto), en La Laguna. Recibe clases del poeta surrealista Agustín Espinosa y del naturalista Agustín Cabrera Díaz.

1942. Conoce al entomólogo Ana-tael Cabrera (1868-1943), que le

1947. Se desplaza a Lanzarote, tras haber ganado unas oposiciones de técnico de la Compañía Telefónica, para instalar y controlar la transmisión y recepción de unas antenas en Femés. Edita *A la sombra de los cuervos*. Colabora en las páginas literarias de *La Tarde*. Publica entre 1948 y 1960 cuentos en el mismo rotativo.

1949. Obtiene el 14 de junio el segundo premio de poesía Antonio

1954-1966. Colabora en el periódico *La Tarde*, en “La Gaceta Semanal de Las Artes”.

1956. Publica “Las plagas del campo y las posibilidades de una lucha biológica en Tenerife”.

1957. Escribe con José Mª Fernández el artículo “Algunos aspectos de la nidificación y fauna entomológica tinerfeña parásita”. Fallece su padre.

1959. Publica *Alto crecen los cardos*.

1962. Crea, con José Mª Fernández y Manuel Morales, la sección de entomología del Museo Insular de Ciencias Naturales.

1964. Sale a la luz *Aprisa cantan los gallos* y el artículo “Eumenidae de las Islas Canarias (Hymenoptera)”.



1966. Escribe el artículo “Los parásitos de la *Ceratitis capitata* Wied.”

1971. Edita *El ómnibus pintado con cerezas*.

1973. Publica *Mararía*, tras haber sido finalista del premio Nadal (1971).

1977. Aparece *Silbato de tinta amarilla*. Con Sigmund Kardas publica el artículo “Notas sobre el

género *Cerceris* Latr. 1802 en Canarias (Hym. Sphecidae)”.

1978. Viaja a Sudamérica (Paraguay y Argentina) y escribe “Aportación de la superfamilia Chalcidoidea a la lucha biológica en la isla de Tenerife (Hym. Chalcidoidea)”.

1984. Edita *Cerveza de grano rojo*.

1985. Aparece *Desfile otoñal de*

1996. Publica *La garza y la violeta*, novela corta para jóvenes. Viaja a Marruecos.

1998. Se edita *Fantasmas y tulipanes*.

2000. Es nombrado miembro de la Academia Canaria de la Lengua.

2003. Publica *Fetasian sky*.

2004. Se edita *Coral polinésica y*

los obispos licenciosos.

1988. Se le concede el Premio Canarias de Literatura, compartido con Isaac de Vega. Se jubila.

1989. Publica *Amor de la mora siete*, fruto de su visita al Instituto Villalba Hervás (actual Rafael Arozarena) de La Orotava.

1990. Sale editada la antología *Caravane*, poemas y prosas, a cargo de Juan José Delgado.

Poemas para un nuevo libro en su Poesía Completa.

2006. Salen a la luz sus *Obras Completas*, al cuidado de Juan José Delgado.

2008. Aparecen la novela *Los ciegos de la media luna* y el poemario *Poliedros del mar*.

2009. Fallece en Santa Cruz de Tenerife, el 30 de septiembre, a los 86 años.

1923. Muere el poeta lanzaroteño Antonio Zero.

1927. Se funda el periódico *La Tarde*, dirigido a partir de 1938 por Víctor Zurita.

1929. Agustín de Espinosa publica *Lancelot 28º-7º*.

1932. Aparece “Gaceta de Arte”,



dirigida por Eduardo Westerdahl.

1935. Exposición surrealista en Santa Cruz de Tenerife.

1944. Emeterio Gutiérrez Albelo publica *El Cristo de Tacoronte*.

1954. Sale a la luz el primer número



de “Gaceta Semanal de las Artes”.

1957. Isaac de Vega publica la novela *Fetasa*.

1962. Julio Tovar edita su poemario *Hombre solo*.

1965. Pedro González inicia su serie artística *Cosmoarte*.



1972. El poeta Manuel Castañeda publica *Por la piel de las islas*.

1973. Aparece la novela *Crónica de la Nada hecha pedazos*, de Juan Cruz.

1981. Muere Pedro García Cabrera.

1992. Fallece César Manrique.



Verbo robado al tiempo

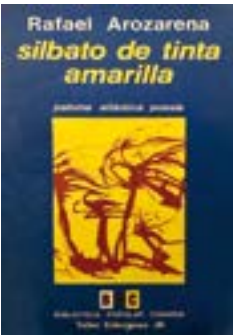
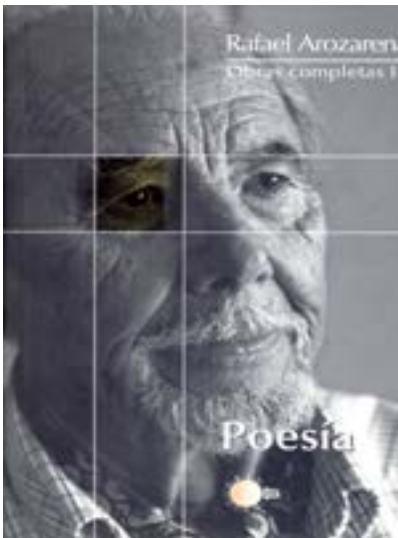
Juan José Delgado Hernández

Rafael Arozarena nace en Santa Cruz de Tenerife en el año 1923. En su memoria ha fijado la figura de un niño que tuvo la suerte –según cuenta– de aprovechar las horas y vivirlas en dos ambientes bien distintos: en la gran biblioteca de su abuelo y en una huerta rebosante de hierbas. Sin saber leer, ojeaba revistas, libros con ilustraciones, láminas a punta de pluma, reproducciones de acuarelas. Se sumía en aquellos paisajes con entusiasmo igual a como entraba en la huerta, con el pensamiento de salir a descubrir selvas. Naturaleza y literatura se daban la mano. Vio que más allá de los dibujos, los libros también tenían letras, que había texto. Le llegó a extrañar que los renglones de algunas páginas fueran más cortos de lo normal. Fue entonces cuando la abuela le explicó que a “eso” la gente lo llama poema. A partir de ahí comenzó a garabatear renglones parecidos. Así –dice– pudo sentirse poeta.

Pero el poema no es un mero suceder de versos.

La poesía –lo declara este poeta– se encuentra fuera de nosotros. No la podrá atrapar la mera red de palabras versales. Es algo distinto... y más. Se ha de dar una condición para que pueda conseguirse el prodigio de la creación poética: el hombre ha de ponerse fuera del hombre y disponer su mente en ese otro lugar en el que la poesía lo espera. El poeta se obliga, así, a ser un enajenado. Será una conciencia perturbada o fuera de si-

tio. Una conciencia que se empeña en ocupar el centro causante de su estado de alarma. Ese núcleo que se insinúa al poeta bien pudiera corresponder a una emoción, o nacer de la contemplación de un paisaje, o de la percepción de una menuda cosa, o provenir de situaciones que pertenecen al tiempo corriente, o que han quedado enredadas en los avatares de la Historia; o bien, se produce fuera del tiempo profano con el fin de que se proyecte la imagen de un ser humano que pertenece ya al territorio del mito. El rechazo del tiempo de la historia se revela como el síntoma de una cierta filosofía de cariz existencial. En cualquier caso, el poeta siente que su función es “poner un grito en el cielo”. Aceptemos la expresión con todos sus recovecos, uno de los cuales esconde la idea de que la poesía se ocupa de realidades que no ocurren en el entorno de lo cotidianamente vi-



sible. Es un trasmundo lo que se ha de manifestar. Pero ¿cómo? Rafael Arozarena ha declarado en más de una ocasión que la poesía es “una dama sin pies ni cabeza”. La parte racional nunca podrá abrazar el inaudito fenómeno poético. Surge más del azar que del comedimiento. Y en esta tesitura, la poesía se entiende como un hallazgo. No depende, en principio, de la dirección que el poeta le imponga a su voluntad: “los caballos de la poesía van delante de nosotros”, desbocados, en una carrera que invita al poeta a dejar sueltas las riendas de la mente. Que la imaginación y el sentimiento recorran el paisaje con el inocente propósito de vivir la sorpresa. De esta actitud solo puede nacer lo sorprendente. Por esta razón, en un punto de su larga trayectoria poética elegirá el surrealismo como la más conveniente modalidad expresiva.

Llega la década de los cincuenta. Un grupo de escritores y artistas tinerfeños, cuyos comienzos creativos se localizan en los años de medio siglo, padece una deprimente situación sociocultural. Rafael Arozarena e Isaac

“Pudiera ser Fetasa un grito, un salvoconducto”

de Vega, quienes compartieron el Premio Canarias de Literatura en 1988, quedan incluidos en el conjunto. También conforman, junto a Antonio Bermejo y José Antonio Padrón, el nunca bien definido grupo fetasiano.

Probablemente, Fetasa sea una creencia y, en este sentido, cada quien del grupo, libérrimamente, intuye un mundo dinámico y propio. Pudiera ser Fetasa un grito,

un salvoconducto con el que sobrepasar unas realidades ya impuestas, cotidianas, las cuales en nada consueñan con la existencia formidable e irrepetible del ser humano.

En todo caso, en el conjunto de la obra de Rafael Arozarena, se establecen dos etapas marcadamente diferenciadas: una etapa inicial de relativa claridad, frente a una segunda, en donde la lectura de los poemas no permite un entendimiento inmediato. En todo caso, una y otra fase definen un mismo universo poético, pese a las diferentes caras que se manifiestan en la escritura.

Bien sea por los caminos de la novela o del poema, bien sea considerando los espacios literarios del mar o de tierra adentro, bien desde los paisajes concretos o bien desde los de la imaginación, con todo ello ha intentado dibujar un declaratorio en torno a los ejes que fundamentan su escritura.

El poema, en efecto, es una realidad, pero la realidad del poema solo puede concebir-la y organizarla el poeta. El autor pretende levantar el poema, y no tiene otra materia que la verbal; dispone de un muestrario de imágenes un tanto insólitas que no se rinden a la mecánica rutinaria de la expresión. El uso de las formas en total libertad le sirve como energía y le confiere el impulso necesario para poner en movimiento el proceso de la creación poética. El poeta, aunque no se proponga sorprender, llegará al encuentro con lo sorprendente.



Con el mar al fondo

Cecilia Domínguez Luis

Recuerdo una tertulia en un bar de la Avenida de Anaga, con el mar al fondo apenas visible entre contenedores y grúas; el olor al puerto, a la ciudad nocturna.

Allí, en el centro —sea cual fuere el lugar que ocuparan en las mesas, siempre era el centro— Isaac y Rafael. El uno a veces distante, a veces con una sonrisa de supuesta aquiescencia que, lejos de tranquilizarme, me mantenía

das, Rafael recita o salmodia un canto inventado sobre la marcha, e Isaac lo mira un instante y sonríe cuando dice: “Bueno, las cosas del Rafa, ¿oíste?”.

Son noches de entusiasmo y deslumbramiento en las que Rafael pacta con dioses y demonios en el gozo de vivir transformando las cosas y a sí mismo con la palabra.

Nosotros escuchamos entre divertidos y asombrados.



“El mar, quitándome la realidad, me deja la ilusión...”

alerta; el otro jugando con las palabras y nuestros miedos; haciendo un guiño a los que, por entonces, empezábamos a mirar a nuestro alrededor de “otra manera”, o al menos eso creíamos.

A Isaac lo vemos llegar despacio, como quien llega por primera vez y, cuando se acerca, parece venir de algún lugar muy lejano que solo él conoce. Rafael está allí, en su guardia nocturna como ATS en una clínica de la Junta de Obras del Puerto, de la que se escapa, con la mirada del muchacho que acaba de hacer una travesura.

La magia aparece cada noche y es Rafael quien la atrapa para trastocarlo todo. Y una noche se le ocurre hacer una torre de cristal con nuestras copas y derramar sobre ellas un vino espumoso. Mientras el líquido cae en casca-

Algunos entramos en el juego donde Rafael es árbitro e inventor de las reglas. Única condición: la imaginación para seguir completando sus historias, para dibujar en servilletas signos propicios o interpretar la caída de una adelfa.

Poco a poco aparecen las preguntas, formuladas en alto, a media voz o en silencio. Ellos también preguntan, lo habían hecho ya y lo seguirían haciendo.

Eran, plagiando el título de un poema de Rafael, “tiempos de amistad bajo un solo cerezo”.

Vida y poesía fueron siempre para Rafael una sola cosa. Incluso, cuando a veces lo veía pintar —en esa época lo hacía con acuarelas y tinta china—, me parecía estar viendo a un gran brujo que dibujaba signos de colores



Isaac de Vega, “conjurando en Ijuana”

para atraer palomas, barcos, sirenas o la estatua de un dios griego sumergida en el Mediterráneo, mientras recitaba poemas que le llegaban de no sé dónde y que me llevaban más allá de las cosas.

Y, de esta manera, fueron pasando los días entre literatura, sus meriendas regadas con vino y las historias de su niñez y, por supuesto, las de su amistad a toda prueba con Isaac. De tal manera que no me costaba nada imaginarlos caminando por los senderos de la isla.

Así, en sus grandes caminatas, los dos amigos apenas sienten la necesidad de hablar. Se saben fuertemente unidos por el paisaje, por la tierra que pisan y por el ruido del mar que los acerca al misterio. De pronto, a Isaac le llama la atención unas campánulas amarillo-naranja que crecen al borde del camino, mientras Rafael atrapa en su memoria el vuelo de una libélula rubicunda.

Se impone un alto y cada uno se sumerge en su mundo particular en donde, a pesar de los vericuetos, terminan por encontrarse.

Cerca hay una taberna. El vaso de vino y el queso preparan a Rafael para la pirueta, para desafiar al lenguaje hasta que este se rinde a sus trucos y a sus juegos al escondite. Isaac lo contempla en silencio y sonríe. Después lo invita a continuar el camino con un gesto o tal vez con un “anda, muchachito, que se hace tarde”.

En la soledad escriben —dicen que obligados por un extraño y poderoso *daimon*— unas historias que, como afirma el más viejo de ellos, “se desenvuelven muy allá adentro”. Y en el mundo de Isaac aparecen unos personajes que caminan los mismos senderos recorridos por estos dos compañeros de viaje, mientras se preguntan, conscientes de lo limitado e incompleto de la naturaleza humana, del porqué de la existencia; si es la muerte un tránsito hacia otro lugar, quizá infinito.

Rafael elige el poema, y el vitalismo con el que se une a todo lo que le rodea, ese jubiloso encuentro del hombre con la naturaleza, nos acerca, desde lo más íntimo de nuestro yo, al renacer de una isla en la que, nuevamente, perdernos.

Porque también nos han enseñado que la escritura —una forma de vida, necesaria y sin concesiones— es indagación constante en lo invisible y en lo oscuro; una incansable búsqueda de espacios en los que extraviar nuestros pasos.

Pero el tiempo ha seguido su camino y nos ha traído muchas ausencias, entre ellas la de Rafael y la de Isaac a los que, desde que se marcharon, venimos conjurando con el recuerdo, con la memoria de su amistad y de su literatura y con la fortuna de saber que, sin pretenderlo, tanto Rafael como Isaac, nos han llenado de paisajes y tiempos levantados con palabras y silencios; de ideas que ellos han hecho y deshecho en nuestras mentes, en nuestros, muchas veces, olvidados espíritus.

Y hemos comprendido ese estado de entusiasmo poético de Rafael, sus consejos sobre la práctica de la ignorancia; la necesidad de ser independiente y el “anómalo calor de humanidad” de Isaac.

Se acaba la tertulia y, los que hemos resistido, vamos a contemplar el amanecer aún más cerca del mar, en una playa cercana. Alguien, no sé quién, pronuncia la palabra “almácigo” y Rafael escribe un poema en una servilleta. Y, de pronto oímos la puerta de un coche que se cierra y nos damos cuenta de que Isaac se ha marchado, probablemente sonriendo, con las manos en los bolsillos.

Por todo eso y mucho más, como dice Rafael: “Esta noche no me importa / que la fiesta se celebre en otra parte”.



Lección desde el crepúsculo

Rafael Arozarena-Mararía

Félix Hormiga



“Femés” (Martín Béthencourt)

Existen, a mi juicio, dos escritores tinerfeños que han producido dos magníficas obras sobre Lanzarote, los dos residieron en la isla por un periodo relativamente corto y por circunstancias laborales.

Por pura cronología, el primero de ellos, Agustín Espinosa, con su *Lancelot 28°-7°*, y el segundo, Rafael Arozarena, con su *Mararía*.

Agustín se asienta en la bahía del Puerto del Arrecife y Arozarena en “La Atalaya”, montaña que se eleva desde Femés, escenografías totalmente diametrales.

El autor de *Lancelot 28°-7°* redibuja a la isla velozmente, son algunos caseríos como dados lanzados a un tapete, y todos los rincones se cuelan por las grietas de sus letras con un nuevo rostro, una nueva dramaturgia y una nueva función paisajística.

Rafael se adentra en la carne, en el drama social, redibuja a la isla desde un dolor difícil de descifrar, tal vez por cotidiano. Él, mira lentamente, desde la montaña y el caserío que abajo custodia al patrono de la isla, San Marcial de Limoges. Mira cómo la isla se aletarga en voces agrias de cantinas y sonrisas de dientes amargos. La noche es de los perros que ladran a la luna.



“La noche es de los perros que ladran a la luna”

Femés se angosta en una vega entre montañas al oeste y el macizo de Los Ajaches al este. El frío de la noche carece de amistad con el calendario, da igual las estaciones, el frío, siempre en cópula con la noche, está allí, como un personaje inmutable. Se combate en las casas con pesadas traperas, en catres de viento con colchones de camisa de millo, y en la cantina con alcohol y acaloramiento de roncas voces.

Mararía es la mujer en toda su extensión social, negada y utilizada, sujeta aún a las divagaciones de los teólogos que en el consejo de Macon en el 585 d. C. admitieron, con un solo voto de ventaja, que las mujeres eran humanos y podían tener alma. No es *Mararía* una mujer, sino como digo, de manera absoluta, “la mujer”, surgida de las constantes injusticias y abusos y esta afirmación la hago consciente de que no es necesario aportar prueba, basta la evidencia diaria.

Y le bastó a Rafael escribir esta novela para poner a la luz este enorme monstruo que somete a duda la calidad civilizada de los humanos.

Mararía, dijo Rafael en una ocasión, es el espíritu de Lanzarote, no le sobraron razones. Este escritor miró al fondo del alma de la isla, acunada por las carencias y los abusos, y encontró la mirada de *María la de Femés*, carbonizada como la isla entera.

Desconozco el grueso de nuestra literatura, pero tiendo a pensar que el autor de *Cerveza de grano rojo*, y una muy interesante producción poética, es, con *Mararía*, el primero que pone sobre la mesa la relación desequilibrada entre el ser humano varón y el ser humano mujer, y establece un discurso en el que denuncia la actitud vejatoria y los abusos. Por

tanto, yo lo estimo como precursor de una forma de actuar contra la violencia y la manipulación que se ejerce contra la mujer.

Canarias está bien representada por precursores de lo que ahora son discursos con pátina de modernos o actuales. Pongamos por ejemplo a Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610), que en su *Comedia del Reçebimiento* (1582) hace una descripción poética de la Selva de Doramas, el primer texto que recoge voces de los canarios, así como el primer discurso ecológico en esta parte del mundo. La primera economía posconquista basada en la obtención de azúcar va a suponer el fin del ecosistema primitivo por el gran consumo de leña, obtenida por una implacable deforestación (en 1508 salió desde Las Palmas hacia Amberes el primer barco cargado con panes de azúcar); quebranto que se fue ampliando al llegar a manos privadas terrenos que eran comunales, posteriormente talados para uso agrícola, así como el reparto de suertes de tierras cubiertas de bosque, en los siglos XVIII y XIX, destinadas al cultivo. La insistencia de este autor sobre la defensa el ecosistema primitivo canario, así como su compromiso con la cultura canaria, se manifiesta en el hecho de que lo tratara también en *Templo Militante* (1602-1614) y en su traducción de *Jerusalem Libertada*, de Torcuato Tasso.



“Pescadores de Lanzarote” (Rafael Arozarena)

Los poetas, los escritores, como el fetasiano que traemos a esta página, siempre estuvieron implicados en la defensa a ultranza de la identidad de su patrio suelo y de los problemas de sus habitantes.

Rafael Arozarena, Premio Canarias de Literatura (1988) y miembro de la Academia Canaria de la Lengua (2000), mantuvo siempre una relación muy fluida con Lanzarote y era muy habitual encontrárselo por la calle o participando en alguna actividad, ya fueran conferencias o visitas a los centros de enseñanza para hablar de sus obras, especialmente de *Mararía*, obra por la que destacaría de una manera rotunda en el panorama literario de las islas.



Dejar como herencia o legado a los canarios una obra como la suya es un acto encomiable. La devoción y la admiración de los lanzaroteños por Rafael Arozarena es la correspondencia por haber participado en poner a la isla en la cartografía de la literatura canaria.

Hablaba con el aire

Juan Cruz Ruiz

Conocí pocas personas que además fueran pájaro, cer-nícalo, carretera sin asfalto, agua salada, flor de arena, playa, desierto y grito, alumbrado de velas, luz eléctrica, voz y guitarra, susurro y hombre, literatura, como Rafael Arozarena.



“La vuelta del exilio” (Rafael Arozarena)

Volvía de cualquier excursión por el mundo y era a la vez amigo y suerte, narración y belleza, surco del tiempo y viento, aventura total de la palabra, silencio y perfume, verano y todo.

Era un ser sensual que se explicaba con los dedos, como volando. Los juntaba así, como los italianos, como se describen el sabor o la multitud chiquita, y los mante-nía de esa manera como si conjurara, quieto, el instan-te que estaba describiendo. Y el instante duraba como el misterio, años enteros, aunque él lo resumiera en un minuto.



Era fábula sin lamento, cuento de hadas terribles o de bondadosas pieles del cielo que de pronto se descorrían para llenar de agua el Teide o Femés, sus paisajes. Era el paisaje de un alma al que tú podrías acceder tan solo dándole la mano.

Era cordial y él mismo, nunca lo vi fingir, aunque in-ventara. Sus amistades eran verdaderas, nunca le vi una mano suave hacer algo distinto de lo que hacía la otra mano.

Sus libros son también verdaderos, cerveza real, *mararías* de viento y grito, seres humanos traspasados por la necesidad de ser y de no ser al mismo tiempo, brujería de las cunas de los niños y también sortilegio de los adultos que se llevan mal con tempestad ruido-sa de las noches, pero que calman ese sonido gracias a los versos de las madres.

Era un hombre especial, como nacido para ser eterno, y en su fabulación lo fue. Yo escucho voces, como todo el



De izq. a dcha.: Rafael Arozarena, Pilar García Padilla, Elizabeth Fitz, Leopoldo O'Shanahan, Juan Cruz, Francisco del Toro (de pie); María García Melero y Edelmá Álamo García (sentadas). Homenaje a Mararía, Las Caletillas, 14-04-1973

mundo, y ahora, mientras lo describo como si lo estuvie-ra viendo, con su chaqueta de coderas marrones, sus ojos diciendo no te fíes, no estoy y estoy, lo escucho también, quedamente, riendo sus propias invenciones, un niño que viene de la escuela con un cuento que se le ocurrió corriendo entre las atarjeas.

No tenía constancia del tiempo físico, el de los humanos; su escri-tura era misterio y canción; no se rindió nunca ante los símbolos, él mismo era una me-táfora, un ser nacido para ser todas las cosas que fue, y fue un sueño verle llegar de sus viajes, su corbanda fina,

su barbita, la maletita de poner inyecciones, la risa y la ficción en sus palabras.

De todas esas cosas que fue me parece que la que más me inquietó, para bien, como se inquieta a un mu-chacho, es la vez que me habló de su conversación con los árboles y con los pájaros.

No era esa una conversación bondadosa o infantil, sino llena del ruido que hacen los gran-des acontecimientos que ya se asientan en la propia nie-bla de la memoria y ya son parte de ti como es parte de mí Rafael Arozarena.

“No te fíes, no estoy y estoy”

MENSAJE

(POEMA)
ISLA DE TENERIFE



CIRCULO DE BELLAS ARTES... SECCION DE LITERATURA
ABRIL DE 1941



MENSAJE

(POEMA)
ISLA DE TENERIFE



CIRCULO DE BELLAS ARTES... SECCION DE LITERATURA
ABRIL DE 1941

Balance de Rafael Arozarena

Juan-Manuel García Ramos

Los miembros de la “generación narrativa de los 70” tuvimos a nuestra disposición muchos argumentos dialécticos, tanto estéticos como éticos, y nos formamos y deformamos en ellos, junto a ellos y contra ellos, en unos años en los que el régimen político imperante generaba



De izq. a dcha.: Jorge Rodríguez Padrón, Alberto Omar, Mario Vargas Llosa, Víctor Ramírez y Rafael Franquelo (1973)

fraternidades cómplices y tácitas e inesperadas afinidades.

En esas circunstancias, dos títulos como *Fetasa* y *Mararía* figuraban como referentes insoslayables cuando nos disponíamos a escribir nuestras primeras novelas o nuestros primeros cuentos en esos años setenta que han terminado por caracterizar nuestra contribución a la historia literaria de las Islas, aunque con posterioridad a esa década cada uno de nosotros haya seguido itinerarios distintos, cuya revisión está pendiente de llevarse a cabo.

Con respecto a *Fetasa*, es la única obra literaria de nuestras islas que ha sido capaz de propiciar una filosofía vital, una manera de ver, de entender y de estar en el Archipiélago. Las criaturas de Isaac de Vega acogen el escepticismo como lema, la soledad como militancia y la fantasía como recurso. En el imaginario de Isaac de Vega gravitan dos preocupaciones medulares: el absurdo de la existencia, leído en Kafka (o en la herencia de lo kafkiano

vía Baroja), y la necesidad de superar los cauces reales, de urdir universos paralelos donde instalar sus feroces disecciones de nuestra desolación y de nuestro aislamiento, según recursos ya practicados por Agustín Espinosa en *Crimen*.

A la miseria intelectual generada por la contienda civil española y por la Segunda Gran Guerra Mundial, los fetasianos añadieron una actitud hasta cierto punto reconocible en los modelos existencialistas de Sartre y Camus (tal vez Nietzsche y Schopenhauer, como ha insistido Juan José Delgado), y un tratamiento de lo insular del que quedaba desterrado el realismo en beneficio de una decidida inclinación hacia lo mágico, lo metafísico, lo irracional.

Lo mágico, el lado extraordinario de lo común; lo mítico, la traducción simbólica de las reglas de juego ocultas de una comunidad, habitan *Mararía*, la novela más leída de nuestra literatura. Rafael Arozarena recreó en torno a la personalidad de la protagonista que da título a la obra un mundo rural sórdido, donde la cotidianidad de un pueblo



De izq. a dcha.: Rafael Arozarena, Víctor Ramírez, Jorge Rodríguez Padrón y Alberto Omar (1973)

lanzaroteño, el de Femés, no escapa a la influencia de fuerzas sobrenaturales que terminarán proyectándose sobre la totalidad de los personajes y sobre el mismo espacio habitado, convertidos ambos en un símbolo del comportamiento insular. La miseria física y emocional

“*Mararía*, una de las piedras angulares de la narrativa canaria”

Antes de que aparecieran las novelas de De Vega y Arozarena, y lo que vino después, solo podemos contabilizar la publicación de obras aisladas que nunca se convirtieron en un auténtico movimiento literario, como sí lo fue el protagonizado por la pareja De Vega/Arozarena, seguida



Rafael Arozarena (3º por la dcha.) con destacadas personalidades del mundo de las letras, entre ellos: Pedro García Cabrera, Juan Manuel García Ramos, Isaac de Vega, Juan del Castillo (de pie); Alberto Omar, Agustín Millares, J. J. Armas Marcelo y Alfonso García Ramos (sentados)

atesora historias y leyendas populares. La incultura y la inmadurez de una comunidad vuelven lógica la conducta primitiva de sus miembros.

Fetasa y *Mararía* son dos lecciones que los miembros de la generación de los setenta no pudimos eludir, por las razones expuestas, a la hora de enfrentarnos al ejercicio de la narración.

Rafael Arozarena fue siempre un gran poeta (recomiendo sus últimos títulos publicados por CajaCanarias: *Fetasian Sky*, Colección La Caja Literaria, de 2003, y *Poliedros del mar*, Colección Aislados, de 2008) y el autor de otras novelas como *Cerveza de grano rojo* (1984) y *Los ciegos de la media luna* (2008), también sabemos que dejó terminada su tan anunciada *El señor de faldas verdes*, pero por mucho que intentó abjurar de su *Mararía* esa obra queda hoy, junto a *Fetasa*, como una de las piedras angulares de la narrativa canaria.

Me atrevo a decir que Isaac de Vega y Rafael Arozarena fueron los verdaderos fundadores de esa narrativa canaria, la que luego mantuvo una continuidad y supo romper con la falta de tradición narrativa de las Islas.

de lejos por Antonio Bermejo y José Antonio Padrón.

A partir de estos narradores fetasianos, el número de novelas aparecidas en Canarias y la diversidad de poéticas ensayadas en ellas no tuvieron ningún antecedente comparable en la historia de la prosa insular.

Arozarena se lleva, entre otros muchos méritos, este compartido que hemos querido invocar.



De izq. a dcha.: María Rosa Alonso, Rafael Arozarena, Carlos Pinto y Arturo Maccanti

Lo fetasiano

José Antonio Padrón

José Antonio Padrón escribió en 1988 el artículo “Lo Fetasiano”, donde expone las claves teóricas de este movimiento literario

La pregunta surge inevitable. ¿Qué es Fetasa? ¿Qué es el fetasianismo? La respuesta más inmediata: un movimiento literario de la década de los cincuenta que rompe con la literatura social y comprometida de la época, y se centra en lo onírico y lo simbólico. Parece que es, además, y así se ha calificado, un movimiento metafísico-religioso, una religión sin sacralizar, una secta seudorreligiosa. Se piensa, dígame o no, que este último componente es de escasa

importancia. Una dimensión entre irónica, excéntrica y lúdica. Porque los fetasianos son gente razonablemente seria. Resulta, pues, poco verosímil que estén consagrados a delirios místicos, que formen una sociedad esotérica, ocultista. Quizá en su etapa juvenil como una singularidad episódica. Pero en la actualidad, no. Rotundamente no. Además el destello burlón de sus ojos, las reticencias y evasivas con que responden sus más visibles representantes cuando son interrogados parecen confirmar esta conclusión. Los críticos amantes del sincronismo han decretado que lo importante son las obras de Rafael Arozarena y de Isaac de Vega. El fetasianismo solo tendría, en el mejor de los casos, un interés anecdótico. No obstante,



De izq. a dcha.: Isaac de Vega, Rafael Arozarena, Domingo Ruano, Pedro González y Antonio Rumeu de Armas. Premios Canarias 1988

es dudoso que un lector atento y sensible se sienta satisfecho con tal académica explicación. En *Fetasa*, en *Altos crecen los cardos* y en *Cerveza de grano rojo* se vislumbra una realidad subyacente, abismos de luces y sombras crepusculares que van más allá del estricto contenido de estas obras. Y nace entonces la sospecha de que ellas sean tal vez la manifestación de algo más decisivo: una

“El misterio de Fetasa no podía ser pensado”

autónoma concepción del mundo y de la existencia que demanda parámetros no habituales para alcanzar un grado aceptable de comprensión. [...]

Fetasa es la condensación de una experiencia vivida. Los fetasianos son individuos que por diversos azares entraron en contacto, y que a pesar de sus acusadas diferencias se confesaron haber presentido o estar bajo el



Isaac de Vega y José Antonio Padrón el día del Premio Canarias (1988)



¡Los fetasianos somos gente razonablemente seria!

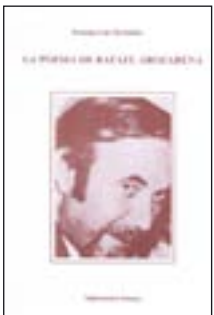
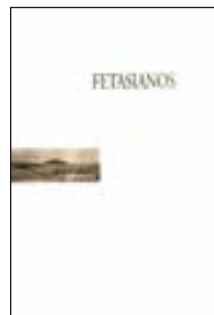
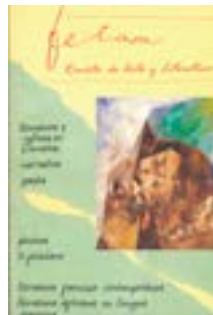
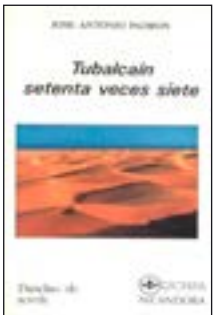
dominio de una realidad que rebasaba absolutamente lo humano, que hacía sentir su presencia envolvente en la isla. Frente a esa realidad, todo lo social, el propio yo y sus avatares carecían de importancia. Y como todo misterio, el misterio de Fetasa no podía ser pensado, solo sentido, vivido desde una lejanía no humana. Este es el punto inicial y final de la búsqueda fetasiana, el itinerario en la indagación de lo absoluto [...].



José Antonio Padrón y Rafael Arozarena. Universidad de La Laguna (1988)



Antonio Bermejo



El comodín Fetasa

Roberto García de Mesa

La gente cree que «Fetasa» proviene del título de la novela de Isaac de Vega, pero no es así, el nombre del grupo se creó mucho antes, se me ocurrió a mí. Nos solíamos reunir desde las dos de la tarde hasta las dos de la mañana todos los días, con vasos de vino... Eran unas reuniones preciosas. Llegábamos a unas alturas filosóficas muy especiales. Un día, mientras tratábamos de ligar el pensamiento de Pitágoras con el de Kierkegaard, llegó un momento en el que, como en toda filosofía, nos trabamos, llegamos a la cúspide (Dios) y no podíamos seguir. Así que dije: «¿Y por qué no? Después de esto está Fetasa». Verdaderamente, ni yo mismo sabía lo que era. [...] Lo expuse como una abstracción, como si se tratara de agarrar algo inasible. Se quedaron con la idea. Cuando llegáramos a un punto culminante tendríamos el comodín «Fetasa». Esto quiere decir que hay conceptos que no alcanzamos, a los que les damos una talla superior. Un ejemplo es la idea de Dios. Fetasa representa a un dios superior a Dios, una especie de padre de Dios. Partiendo de este concepto amplio te das cuenta de que al descender puedes observar mejor los defectos.

RAFAEL AROZARENA



Agustín Espinosa (1897-1939)

Este fragmento pertenece a la página 60 del libro *Conversaciones con Rafael Arozarena*. Sería publicado en 2004 por la Editorial Benchomo, tras un proceso de trabajo que duraría unos cinco años. A propósito de lo que Rafael dice en el citado fragmento, nadie (ni siquiera él mismo) supo aclararme el origen de la palabra «Fetasa». Desde entonces, este pasaje llamaría mi atención, todavía lo sigue haciendo, ya que, en apariencia, aquí nos apartábamos de otros temas más convencionalmente considerados como literarios, aunque no del todo, por supuesto. Supongo que, en aquel momento, Rafael necesitaría una idea, una palabra sin aparente etimología, sin un origen premeditado o ideologizado, sin un origen racional para hablar de algo todavía más misterioso.

“Vivir miles de muertes y resurrecciones de sí mismo”

Arozarena se sentía muy cómodo con las invenciones más irracionales, pude comprobarlo en diversas ocasiones, aunque, también, y con matices, se dejara seducir por las ciencias naturales. Que, precisamente, sus percepciones de la naturaleza y del mundo de los sueños le propiciaran nuevos retos para maniobrar por donde su intuición poética quisiera, sin límites, era lo que verdaderamente le interesaba de todo ello. Y no tenía miedo a ir muy lejos en la escritura porque sabía, como le llegaría a decir uno de sus maestros, Agustín Espinosa, el autor de *Crimen* (la novela surrealista escrita en España en los años 30 de la pasada centuria, algunos consideran este texto dentro de la tradición del poema en prosa), que «Por mucho que te propongas, no puedes escribir un disparate porque todo está encadenado, siempre será realizado por un cerebro humano y es lógico» (pág. 42). Esta idea, que Rafael conservó durante toda su vida, se convertiría en una especie de salvavidas intelectual. Y se lo diría uno de los escritores malditos del siglo XX. Espinosa había llegado muy lejos en la creación literaria en poco tiempo, entre los años 20 y 30. El golpe de Estado de los fascistas, la Guerra Civil, así como su pronta muerte en 1939, truncarían sus sueños. Por su parte, Rafael Arozarena (1923-2009) pudo disfrutar de una larga vida, con tiempo para experimentar, sobre todo, con el surrealismo, para dotarlo de otra encarnadura, crear un estilo (junto a sus amigos Isaac de Vega, José Antonio Padrón y Antonio

Bermejo) y llamarlo fetasiano. Por ello, lo pensaba entonces y ahora también lo sigo haciendo, probablemente lo que más apreciaba Rafael, ya de su propia obra, recaía en dos espacios fundamentales: su producción poética y su novela (o su gran poema) *Cerveza de grano rojo*. Entre esos dos lugares tenía su auténtico reducto de libertad de pensamiento, su búsqueda más arriesgada, sus puntos de referencia, sus otras vidas, sus visiones, su contacto con otros mundos, sus herramientas para la reflexión, para la seducción, para cultivar la seriedad o la ironía, para vivir miles de muertes y resurrecciones de sí mismo con la imaginación.

«El comodín Fetasa» le serviría, entre otras muchas cosas, para observar la realidad desde cualquier ángulo, sin los prejuicios que generan los fundamentalismos religiosos y políticos. Rafael no se enredaría demasiado en esas cosas, huiría de las explicaciones comunes y trataría



siempre de darle la vuelta a las mismas inventando nuevos puntos de vista, alimentando, con ello, su bien más preciado: la imaginación. Ello no sería un obstáculo para llegar a comprometerse socialmente, por ejemplo, con la protección de la naturaleza de las Islas Canarias, y posicionarse contra la salvaje especulación urbanística que tanto ha cambiado la geografía del archipiélago.

Rafael Arozarena lucharía toda su vida por defender su libertad de pensamiento y cultivar el misterio en la literatura. Su obra así lo demuestra. Y se sustentaría, en gran medida, en intuiciones poéticas no estrictamente cercadas por la razón. En este

sentido, «el comodín Fetasa» le serviría para ser libre, para crear sin prejuicios, para superar las dificultades de la vida e, incluso, para enfrentarse al miedo a la muerte.



“Motivo de Cerveza de grano rojo” (Rafael Arozarena)



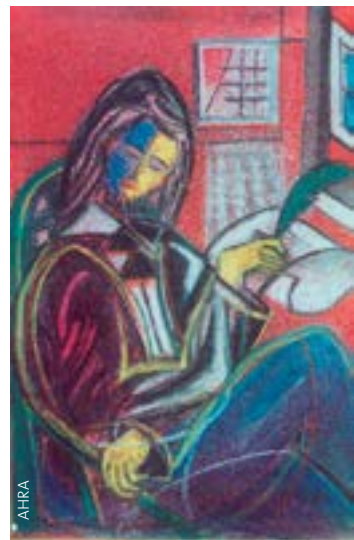
“Misa luba” (Rafael Arozarena)

Arozarena Doblado en tres palabras

Sabas Martín

Diré con tres palabras lo que se entrevera en el hueco de las palabras.

POETA. En el principio fue la Poesía. Y, por la abuela, en Rafael fue la Poesía. El propio Rafael lo dejó explicado. Que tenía cinco años y que descubrió en algunas revistas textos dispuestos en columnas. “¿Esto qué es?”, preguntó a la abuela. “Esto es Poesía”, contestó ella, quien inmediatamente añadió: “Ser poeta es lo más alto que puede alcanzar un hombre”. Entonces Rafael trazó una serie de garabatos que dispuso en columnas. Al ver lo que Rafael había hecho, la abuela, cómplice, le dijo: “Esto es un poema. Haz otro”. Y Rafael, antes de saber leer y escribir, hizo otro, y otro, y otro más, y siguió haciendo Poesía hasta que, con los años, fue Poeta de verdad, fundiendo y confundiendo, en lo más alto que puede llegar a ser un hombre, la palabra y la existencia, el conocimiento y el sentimiento, lo presentado y lo vivido. Así hasta que la Poesía fue la Vida. Sin concesiones.



“Poeta en rojo” (Rafael Arozarena)

Luego sabríamos que Rafael nos ha dado, con su Poesía, una cosmología íntima y propia, con la sublimación simbólica y esencializada de la Isla, y en donde se intensifican los modos transgresores derivados del surrealismo, cuajados en una palabra de atrevimiento conceptual, trasfondo existencial, y ruptura estética. Una palabra inédita y sorprendente. Y tanta Poesía había en Rafael que acabó desbordándose en colores por las manos para, también, hacerse Pintura.

NOVELISTA. Fue Unamuno quien le dio la clave. Rafael venía de los parajes verdes de Tenerife y en Lanzarote descubrió la honda desolación de los volcanes. Entonces, para poder comprender lo que latía en los abismos de la desnudez esquelética del paisaje, Rafael recordó las palabras de Unamuno sobre Fuerteventura: “Hay que restregarse el corazón con la aulaga, que es espina, no miseria”. Y así fue cómo vio lo más profundo de la apa-

riencia. Escribió un romance, “María la de Femés”, y allí ya estaba Mararía. Allí estaba el sentimiento reseco, desolado, reflejo de la misma condición de la lava que se propagaba

por la geografía. Ese sentimiento descarnado del paisaje y sus gentes, pero, al mismo tiempo, entre onírico y mágico, obsesivamente enigmático y cargado de presagios y misteriosas y líricas resonancias, sostiene lo que es un clásico fundamental y fundacional de nuestra literatura. Porque *Mararía*, la novela, permanece en la memoria de sus lectores, al igual que perdura Mararía, el personaje. Con ella, Rafael nos ha entregado el símbolo de una isla que no puede poseerse y que, como la isla, tiene en el fuego su destino. El fuego que purifica, pero que igualmente quema, embruja, cautiva como un misterio



“Rafael Arozarena” (Paco Martínez)



inextinguible. Pero *Mararía* es lo que es porque es la novela de un poeta. Por eso permanece, por más que Rafael pensase, con razón llena de razones literarias, que *Cerveza de grano rojo* es mejor. Pero no es mejor. Es otra cosa. Como otra cosa es *Los ciegos de la media luna*, un relato de la ajenidad y la extrañeza, escrito desde la mirada del extranjero. Y es que *Cerveza de grano rojo* es la novela de un fetasiano.

“Quema, embruja, cautiva”

FETASA. Rafael era amigo de Isaac, e Isaac de Vega era amigo de Rafael Arozarena. Como ambos lo eran de José Antonio Padrón y de Bermejo y de Pimentel. Con una amistad que es más que un compromiso supeditado a compromisos circunstanciales. Una amistad que, puede decirse, es como una filosofía, un credo o un ceremonial litúrgico, y en donde perviven los ecos de Fetasa, que es todo y es nada. Ser fetasiano es creer que es posible la búsqueda de lo absoluto desde la isla. Es —José Antonio Padrón *dixit*— “presentir lo humano que hace sentir su presencia en la isla”. Por eso lo fetasiano es tan ambiguo e inclasificable. Por eso la literatura fetasiana traspasa tiempo y espacio, se nutre de elementos míticos, simbólicos y de ensoñación, explora, indaga hacia adentro y hacia afuera del ser y el estar, abre fronteras y quita límites a los límites. Por eso, como en Rafael, la Vida no acaba en la muerte.



María la de Femés (1947)

María la de Femés
ahora por estar vieja
nadie recuerda quién fue.

Tenía los labios tintos
como las flores de pascua,
delgados como cuchillos.

Los ojos como dos higos
igual que dos higos tunos
con las pestañas de picos.

Las pupilas como cuevas
como las cuevas de guanches
con un secreto de piedra.

Los hombros de media luna
los pechos como dos Teides
y el vientre como una duna.

Tenía piernas y brazos
tan lisos y redondos
como los troncos del drago.

Altas las dos piernas, altas
para mecarse en el aire
como palmeras canarias.

Era arisca como un cacto,
y al hombre que la tocase
le sangraban las manos.

Alguien, no sé quién, me dijo:
«Para llamar a los hombres
silbaba como los mirlos».

María la de Femés...
ahora por estar vieja
nadie recuerda quién fue.

Tronco torcido de vid;
el tiempo calcó en su cuerpo
arrugas de malpaís.

Secas sus piernas, resacas,
lo mismo que a los camellos
se le volvieron de arena.

Hoy la crucé en el camino...
flaco mástil; con el viento
silbaba igual que los mirlos.

Arozarena entre los raros

Víctor Álamo de la Rosa

A Rafael Arozarena (1923-2009) le habría gustado el título de este artículo porque siempre supo que su obra habría de considerarse atípica y, por tanto, original, casi inclasificable. Arozarena es de esos escritores afortunados capaces de fundar su propia poética, pues entendieron la escritura como un modo abso-

lutamente personal de estar en el mundo: nada de ponerse a escribir según las modas o el mercado y siempre en las antípodas de esos escritores profesionalizados, con horarios y fechas en el calendario, capaces de publicar libros como rosquillas. Rafael Arozarena hizo siempre de su escritura un ejercicio de libertad suprema que solo tenía en cuenta las calidades y cualidades del texto literario, sin sucumbir a los presuntos gustos del lector o a las preferencias teóricas de las editoriales. Escribía primero para sí mismo, abrazando los fantasmas de sus sótanos en busca de ese fetasiano cuestionamiento de la realidad, porque, lo sabemos, la realidad no basta para hacer literatura. En realidad, su obra más popular, la novela *Mararía* (1973) casi que es una anécdota en su producción literaria, pues siempre huyó Rafael Arozarena de lo que esa obra representaba, sobre todo en lo referido a su tipismo lanzaroteño y a

su facilidad de lectura. Se dio prisa en machacar esa impresión publicando la novela que siempre consideró su obra maestra, *Cerveza de grano rojo* (1984), una obra de veras extraña que se lee con sorpresa, navegando entre lo surreal, lo onírico y lo simbólico. El año 2008, poco antes de morir, vio la luz su última

novela, *Los ciegos de la media luna*, por lo que si hacemos una cuenta fácil comprobamos que solo publicó tres (aunque habría que sumar otras tres novelas cortas destinadas a público juvenil).

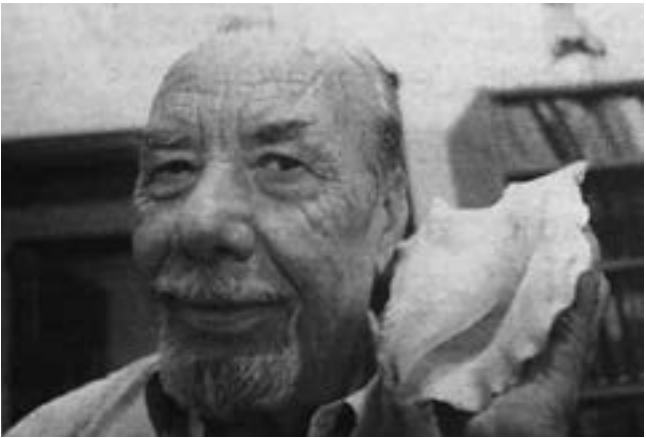
Si me he detenido en ponerles en los ojos el lado narrativo del gran escritor es para enseguida decirles que estamos ante la obra de un poeta, como atestiguan los once poemarios que publicó en vida. Arozarena no se cansó nunca de reivindicarse como poeta en todas las entrevistas que concedía porque, quizás abrumado por el éxito de su *Mararía*, que incluyó adaptaciones musicales, teatrales y cinematográficas, temió que desdibujara la percepción de su poesía, un género que sin duda alguna es donde encontramos al escritor libérrimo, original, raro, es decir, inclasificable, a fin de cuentas ahí encontramos al gran escritor que hace su aportación a la historia de la literatura porque huye de los caminos

trillados. Rafael Arozarena se convierte así en el gran poeta del fetasianismo, esa corriente literaria peculiar que lo singulariza, junto a su amigo Isaac de Vega, y que demuestra que cuando la literatura española todavía copiaba los cánones más estrictos del realismo más garbancero, en Canarias ya había otro modo de entender la literatura, una literatura con impronta surrealista que solo utilizaba la realidad para trascenderla y escarbar en percepciones y sugerencias más válidas para explicar la extrañeza del mundo.

Rafael Arozarena, además, fue una gran persona y, como tuve el privilegio de conocerle y compartir con él innumerables veladas, puedo dar fe de su generosidad, particularmente con los escritores más jóvenes (son inolvidables para mí los largos comités de redacción de la revista *Fetasa* que siempre lideró su mejor exégeta, el profesor Juan José Delgado). Pero Rafael Arozarena es también todavía un escritor por descubrir en los anales de la historia literaria española, no solo por su desigual

“Solo utilizaba la realidad para trascenderla”

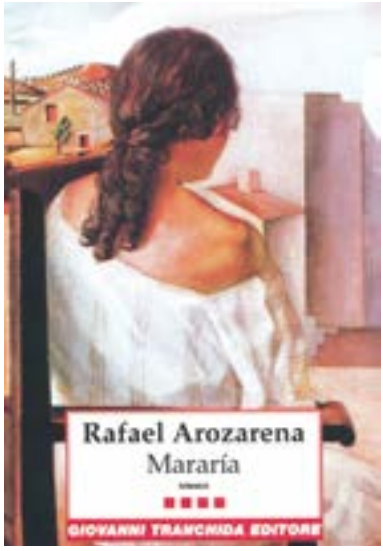
suerte editorial, sino precisamente porque habita ese panteón de los escritores raros, únicos, los que de veras quedan para dialogar con las generaciones posteriores, de ahí que sea urgente una revisada reedición nacional de su poesía completa. Las modas pasan, pero los escritores rigurosos permanecen, y Rafael “Rafa” Arozarena, seguro en su *Fetasian sky*, sabe que las nubes están hechas de música y que el tiempo y el mar todo lo pueden.



“Bucios quedan sin enhebrar la maldición...”



De lectura con Víctor Álamo (1991)



“He visto así a Mararía (como una pesadilla)” (Aleyda Iglesias, 1973)



“María egipciaca” (Rafael Arozarena)

Arozarena en su isla-mundo

Oswaldo Guerra Sánchez

Conocí a Rafael Arozarena hacia 1988 en una charla en la Facultad de Letras de la Universidad de La Laguna. En aquella ocasión, el vitalista y mordaz escritor contestó con algunas evasivas a las preguntas que se le formularon en torno a *Mararía*, principal motivo de interés para quienes asistimos al encuentro.

Pocos años más tarde, a mediados de la década de 1990, volví a acercarme a Rafael, pero esta vez en un lugar mágico: el mítico Huerto de las Flores en Agaete (por

“Mirada oblicua, esquiva, primitiva y original”

el que pasearon tantas veces poetas como Tomás Morales o Alonso Quesada) durante una velada poética en la que también intervenía otro de los grandes que ha dado esta tierra, Carlos Pinto Grote. En esta ocasión el escritor



“Lectura en otoño” (Rafael Arozarena)

había sido invitado para leer poesía. Y precisamente en ese contexto de intimidad, entre amigos, fuera de los círculos de la crítica, fue cuando le oí decir que su fama como novelista había lastrado, de alguna manera, su poesía, a sabiendas de que su obra en prosa estaba condicionada precisamente por la visión poética de su particular *isla-mundo*.

El peculiar mundo poético por el que se movía Rafael Arozarena, si lo analizamos en el contexto de las letras hispánicas se explica, por un lado, por su llamativa y pertinaz posición excéntrica en torno al acto creativo y, por otro, por su condición insular, algo que el propio autor asumió como parte de su poética vital.

El aparente yermo cultural en que vivían las Islas provocó en un puñado de autores una rebelión interna que les hizo escudriñar la realidad con una mirada oblicua, esquiva, primitiva y original. El año en que Arozarena publica su primer libro maduro de versos, 1959 (*Alto crecen los cardos*), es también el año en que aparece otro libro clave de la lírica insular, *La esperanza me mantiene*, de Pedro García Cabrera. Pocos años más tarde, cuando nuestro autor publica *Aprisa cantan los gallos* (1964), Manuel Padorno había dado a conocer su trascendental *A la sombra del mar* (1963). La visión insular, si alguna vez se había perdido, es recuperada definitivamente a partir de una nueva vuelta de tuerca.

El grupo de amigos entre los que se encontraba Rafael, y que abanderaba la imaginación ya desde la oscura década de 1940, adoptó el nombre imaginativo de *Fetasa*. Bajo su paraguas también se encontraban Isaac



Pedro García Cabrera (1905-1981)

“Aunque la poesía nos presta sus alas, en la tierra nos deja”

de Vega, José Antonio Padrón y Antonio Bermejo, entre otros. Se trataba de no romper definitivamente con la mirada surrealizante sobre la vida y el entorno que nos había legado la vanguardia más humanizada y menos banal, aquella que todavía respiraba el halo del simbolismo baudelaireano del radical siglo XIX.

El paisaje insular de estos fetasianos, que tan atenta y críticamente ya los artistas del indigenismo canario habían sondeado desde las décadas precedentes, y que el propio Pedro García había delimitado en su artículo programático “El hombre en función del paisaje” (1930), se articulaba desde una isla concreta que a veces quiere ser trascendida (como en el caso de Rafael), a veces objetivada, otras simplemente humanizada.

Los elementos insulares son verdaderos mojones, marcas en el paisaje para definir una actitud vital y existencial. Sobre estos parámetros se mueve la imaginación de Arozarena, sobre un hilo que se va *afilando* con cada poemario hasta cotas de radicalidad imaginativa insospechadas.

Se trata de buscar, al fin y al cabo, el caldo primigenio, el hogar-isla en que la infancia despertó en un principio para, a lo largo del periplo, enfrentarse con la muerte en paz:

Infancia sonora cristal de botella los mares verticales y llevar
la vida como duro diamante para la costumbre de rayar el cielo
isleño de pecho aislado los pies juntos y un clavo de quietud...

Rafael Arozarena se hermana con otros escritores insulares (y he aquí la modesta grandeza de este manojo de visiones insulares que asalta a algunos creadores canarios) en la misma medida que se aleja de otros autores continentales: la posibilidad de ser en la escritura, amarrada a la posibilidad de sentirse vivo en una isla. Tal como el propio autor reconoce en su “Poética” publicada en un número de la revista *Fetasa* (1992), la última etapa de su producción es “un compendio de críticas y alabanzas a una entidad isleña universal. Es su razón, porque al fin y al cabo, aunque la poesía nos presta sus alas, en la tierra nos deja”.



“La dama de la paodia” (Rafael Arozarena)



Juan Pitín

Eliseo Izquierdo

En el trasfondo de lo fetasiano y de los fetasianos se esconde un espíritu sutilmente burlón, apenas reconocible en unos, indisoluble en otros: de sí mismos y de la realidad entorno, como una pirueta o como una cabriola apenas esbozada o como una mediosonrisa que se queda inteligentemente detenida en el punto en



Victor Zurita da tinta a los incipientes escritores

que se insinuaba ironía. Lo fetasiano es una forma hábil de escapatoria, un evadirse, sin llegar a hacerlo, de la realidad política y social en la que se vieron atrapados mientras crecían y buscaban su norte sus componentes; eso que se ha llamado “la aventura interior” de su generación. Es un rasgo definitorio, como acaso ninguno otro, de la personalidad fetasiana.

De todos ellos –Isaac de Vega, Antonio Bermejo, Paco Pimentel, José Antonio Padrón, Rafa Arozarena– es en este último en quien acaso con más intensidad se percibe esa peculiaridad, de manera especialmente significativa en uno de los entrepliegues poco transitados y menos valorados de su obra literaria: la de articulista.

Aunque Rafael Arozarena había colaborado de manera esporádica, con poemas suyos, en la página “Gaceta Semanal de las Artes” del periódico *La Tarde*, desde poco después de que se empezara a publicar en el vespertino tinerfeño en 1954, es en 1959 cuando da a conocer una serie de pequeños artículos, bajo el único título, común a todos ellos, de “Café de la tarde”, muy expresivo de lo que se proponía.

Para los escritores de la que, ellos mismos, bautizaron



De izq. a dcha.: José H. Chela, Francisco Pimentel, Rafael Arozarena, Eloy Díaz de la Barreda, Pedro García Cabrera y Eliseo Izquierdo

“generación del bache”, también “generación escachada”, “Gaceta Semanal de las Artes” fue en su momento algo parecido a una patera. Era un espacio apenas consistente en lo material, ideado como plataforma de evasión, desde el que levantar la voz, eso sí, con cautela, para evitar zozobras, errores de cálculo y hostigamientos cercanos. Se ha escrito algo sobre la importancia de esta

aventura periodística, iniciada en años especialmente duros de la dictadura en el diario vespertino de más ca-

rencias materiales del archipiélago canario, pero todavía está pendiente el estudio que merece esta página cultural, la primera que aglutinó después de 1936 a los jóvenes escritores dísculos hasta donde en aquel momento se

podía ser, con los veteranos de una etapa fundamental de la cultura de nuestro país, la de “Gaceta de Arte”, que habían logrado sobrevivir y no se resignaban a no tener voz ni al olvido. Pérez Minik fue quien, sin duda, vertebró calladamente su estructuración.

Rafael Arozarena era un personaje socarrón. Poseía un envidiable humor muy suyo. Tuve la suerte de tratarlo bastante. Le divertía la guasa inteligente. Los ojos más bien menudos lo delataban, como también la risa. El tiempo triste no parecía haber hecho mella en él. Su querer saber le empujaba siempre hasta un ángulo diferente de ver el mundo, las cosas, la vida, para contemplarlo y apresararlo todo desde la otra perspectiva, desde su envés. Era su manera de acercarse a la verdad, a la realidad. La serie de artículos de “Gaceta Semanal...” son testimonio fiel de su curiosidad intelectual y de su peculiar sentido del humor.

Esa manera suya de aproximarse a lo cotidiano encontró la más lúcida expresión en los artículos que escribió en 1959 en “Gaceta...”; un conjunto más bien breve de textos cortos, que anuncian la irrupción, con *Mararía*, del excelente narrador que algún tiempo después iba a demostrar que era. Digamos únicamente, pues no es posible ahora ir más allá, que Arozarena se complace en practicar en estos artículos un juego en apariencia trivial, de ideas, de palabras, de sugerencias, de sensaciones, en el que

a b u n d a n
leves volte-
retas que
parecen a
primera vis-

ta divertidas, pero que, en su trasfondo, son corrosivamente delatorias.

La clave la esconde Rafael Arozarena, muy perspicazmente desde el primer artículo, en el seudónimo, elegido a propósito: *Juan Pitín*. Todo seudónimo suele encerrar su porqué. En tanto que máscara, intenta ocultar a la vez que desvelar y revelar. Y, tratándose de Rafa Arozarena, este seudónimo no podía ser menos. ¿Quién era Juan Pitín, el Juan Pitín popular? Es probable que en época lejana fuese un personaje de carne y hueso que devino con el tiempo en criatura de ficción, en arquetipo virtual de uno de los eslabones clásicos de la sociedad, el de un individuo cualquiera, un don nadie, al que no hay que hacer caso, lo que le permitía soltar de vez en cuando verdades como puños. Todo da a entender que Juan Pitín es una “creación” canaria, fruto del humor isleño. Se popularizó sobre todo pero no exclusivamente en Gran Canaria. Los Millares lo registran ya en su *Léxico*.

Con el correr de los años y la pérdida progresiva de la capacidad de relacionar y enfatizarlo todo apelando a lo



simbólico –aforismos, refranes, sentencias, dichos, proverbios, moralejas– la figura de Juan Pitín parece condenada a diluirse en la globalización. Ahora todo el mundo huye de ser tenido por un Juan Pitín, por un cualquiera, por un advenedizo cuando más advenedizos proliferan,

o por un cal-
zonazos, por
un individuo
que no está
de regreso

de nada porque nunca fue nada. Juan Pitín no es Perico el de los Palotes, ni es Juan Lanas, ni Manolito el que asó la manteca, ni otros muchos personajes que pueblan el retablillo de la picaresca. De todos ellos puede atisbarse en él algo, pero el Juan Pitín canario posee en grado superlativo los que ninguno de los demás: sorna para dar y regalar. Véase: “Sin dinero. En estas circunstancias, y siendo español, me parece obligatorio hacer poesía”.

El *Juan Pitín* aroceniano es receloso y desconfiado. Lo que ven sus ojos no es lo que los demás ven. No deja de preguntarse esto o lo otro mientras se toma “el café de la tarde”, viendo pasar la vida. Al cabo, encuentra siempre respuesta: En su contrahaz. Cuando se habla de que ha llegado la primavera, *Juan Pitín*, que es canario, no lo entiende. Y no duda en enmendarle al gran don Antonio Machado el pareado y exclamar: la primavera nunca se ha ido, nadie sabe cómo ha sido.

Qué gran personaje era Rafa Arozarena.

La íntima fusión naturaleza y literatura

Fátima Hernández Martín

Tengo que decir, con emoción contenida, que he leído en numerosas ocasiones algunos fragmentos de la desgarradora novela *Mararía*, publicada en 1973 por el eminente poeta, prosista, pensador, científico y *fetasi*ano, Rafael Arozarena, Premio Canarias de Literatura del año 1988, socio de honor de la Asociación de Amigos del Museo de la Naturaleza y El Hombre de Tenerife y entomólogo apasionado, íntimamente relacionado con el Museo de Ciencias Naturales de Tenerife (del que fue cofundador), allá en su germen inicial, institución que tengo, hoy en día, la suerte de dirigir. Me gusta su novela, esa en concreto, porque tiene una impronta extraña que te envuelve, haciéndote sentir sensaciones de dolor, pavor, frío o calor del aire isleño, pero sobre todo te hace escuchar el viento ululando por recónditos vericuetos del Lanzarote de pueblos con calles silentes, uno de los cuales –Femés– se halla impregnado por la historia de una mujer apasionada, que provoca sucesos trágicos, aunque contados y mitigados por la prosa exquisita de uno de los escritores más talentosos de Canarias.

Aquel enclave del saber, el Museo, por entonces sito en un edificio ubicado en el Parque de La Granja, se hallaba en el corazón del Santa Cruz de siempre. Ciertamente es que se trataba de un espacio humilde y angosto, pero al tiempo extraordinariamente ornado de libros, recargado de piezas donde se solapaban a propósito ciencia, arte, literatura, arqueología, historia... El lugar estaba lleno de estantes, alambiques, anaqueles, láminas de dibujos con bocetos para estudio, añosos volúmenes que detallaban registros llevados a cabo a la usanza de entonces, es decir, a mano; amarillentas etiquetas sujetas

mediante hilos de cáñamo y escritas en tinta deletable; cajones con múltiples compartimentos, diríase miles; envases sin cierre hermético rellenos de peculiares líquidos conservadores que, con el tiempo, adquirirían una extraña tonalidad y donde flotaban toda suerte de animales, algunos jamás vistos y otros a la espera paciente y desidiosa de ser escudriñados. También mapas, antiguas lupas o rudimentarios objetos de observación como primarios microscopios; cuadros de grabados e incluso especímenes que desprendían aromas nunca gratos al visitante. Allí, precisamente, en ese rincón algo ignoto para los habitantes de la ciudad ribereña que –siempre digo– huele a maresía al abrigo de Anaga, Rafael gestaba, en ingentes horas sin solución de continuidad, junto con amigos entrañables y naturalistas entusiastas, caso de Manuel Morales y José María Fernández, incipientes y tímidos –pero relevantes– estudios sobre natura canaria.

Evidentemente, desde aquel gabinete, desfasado hoy en día desde el punto de vista museográfico pero que rememoramos con cariño y gran respeto, donde las colecciones se situaban algo caóticas, siguiendo la usanza decimonónica, aunque bajo el cuidado y trabajo, siempre diligente, de estos sabios mentados, hasta el momento actual, con colecciones modélicamente catalogadas, informatizadas y ubicadas en un continente (edificio) adecuado (adaptado arquitectónico y museográficamente) y exponiendo contenidos de modo divulgativo y ameno... algo ha cambiado.

Pero es cierto también que, en aquel viejo, pero delicioso entorno, aquellos compañeros-amigos argumentaban, discutían, descubrían, inventaban, nominaban,



defendían o criticaban importante información, datos propios la mayoría de las veces obtenidos en sus excursiones a la naturaleza canaria que tanto amaban. Dicha información era fruto de innumerables caminatas, soportando lluvia o soles abrazadores, a pinares, sotobosques, acantilados, playas de callaos o altas cumbres, siempre buscando y recolectando, con la misma ilusión con que se busca un tesoro,preciado y oculto, especímenes para las colecciones y obteniendo –en especial por su afición– cientos de insectos de todas clases, órdenes, familias y géneros que, atrapados en instrumentación especial de captura (alguna de humilde y laboriosa fabricación casera), sabíanse inexorablemente prisioneros destinados a terminar bajo la mirada detallista de estos investigadores, que los diseccionaban con voracidad. Sus contribuciones, otrora pioneras y ahora referentes de consulta, se han recogido en libros y revistas –de gran prestigio y muy conocidas– como *Estudios Canarios*, *Graellsia* o *Vieraea*, por citar algunas... Y en ellas, Rafael Arozarena, solo o en compañía de otros estudiosos, esgrimía novedades, describía morfologías, ampliaba rangos de distribución en latitud, longitud y altura... En ellas era frecuente que esbozara aspectos de interés relacionados con la lucha biológica en Tenerife, hablara de fauna entomológica parásita, presentara familias de Hymenoptera (caso de Eumenidae); señalara curiosidades sobre la mosca de la fruta; compartiera nuevos hallazgos de la subfamilia Encirtinae (Hymenoptera); realizara anotaciones sobre el género *Cerceris* (familia Sphecidae); comentara datos sobre la superfamilia Chalcidoidea (Hymenoptera) o nos fascinara con la biodiversidad del Parque Nacional de Timafaya, en este último caso, colaborando en libros de conocidas y renombradas editoriales.

Cada vez que repaso sus líneas, hojeo y ojeo sus páginas hermosamente elaboradas, consulto sus publicaciones custodiadas con lealtad férrea en el actual Museo de Ciencias Naturales como admiradas joyas, algunas ornamentadas por la firma primorosa de su dedicatoria; cierro los ojos y recuerdo de nuevo... *Mararía*, me envuelve la magia de sus palabras con reminiscencias a maresía, malvasía y arena de rincones donde él gustaba perderse en ensoñaciones. Pero, al tiempo, intuyo el rugir del viento contra la lava enhiesta, ubicada en lugares agrestes y mágicos de la deliciosa isla encantada; evoco noches del Timanfaya volcánico, callado y hasta ausente de horizonte por la espesa negrura de su oscuridad marcada... Imagino, en definitiva, los paisajes maravillosos del Lanzarote que tanto conoció nuestro insigne escritor. Y reconozco que me invade, siento, una peculiar sensación de desazón interna, provocada por los textos de un hombre de letras que trabajó para la ciencia de manera generosa y altruista, que se rodeaba de amigos, animaba charlas interminables con compañeros sentados en lugares abruptos y olvidados de montes; inventaba grupos como *Fetasa* –para dar rienda suelta a la imaginación inmensa de su mente brillante– y, a la par, con la misma facilidad, hacía investigación de calidad, determinando himenópteros (una suerte de insectos muy interesantes por los que sentía debilidad), eso sí, siempre al socaire de arcaicas lupas y a buen seguro arropado por la tenue y suave luz vespertina de cualquier atardecer chicharrero de horas calmas. Fue una fusión intensa, difícil de conseguir en ocasiones, la que supo imprimir a la –curiosamente hermosa– imbricación de disciplinas, que hablan de él como lo que fue, un científico-humanista esencialmente sencillo y, por ello, sencillamente... un loador de la naturaleza.



Rafa, el escritor entomólogo

Juan José Bacallado Aránega



Dedico estas apresuradas líneas a mi compañero de siempre y casi hermano Rafael Arozarena, Premio Canarias 1988, socio de honor de la Asociación de Amigos del Museo de Ciencias Naturales de Tenerife, cofundador de este Museo, escritor, poeta, prosista, entomólogo y amigo entrañable de todos. Quien escribe estas líneas gozó de esa amistad que se dilató en el tiempo y que se forjó en numerosas excursiones de campo en Tenerife y La Gomera, algunas de ellas con salidas nocturnas y estancias prolongadas en las casas forestales. Mucho trabajo de gabinete, el buen vino y la fluida conversación fetasiana me conceden bula para hablar de él con cierto conocimiento.

Conocí a Rafa de la mano del también entomólogo y naturalista José María Fernández en el primitivo Museo Insular de Ciencias Naturales, sito por aquel entonces, año 1968, en un destaralado y viejo edificio asentado en el enorme solar/huerta de lo que hoy conocemos como Parque de La Granja en Santa Cruz de Tenerife. Tres buenos entomólogos aficionados, autodidactas y naturalistas de fabricación propia, eran los pilares de aquel Museo, que prácticamente habían fundado con el apoyo del Cabildo de Tenerife y las bendiciones de D. Telesforo Bravo Expósito. Me refiero al ya mentado José María Fernández López, al propio Rafael Arozarena Doblado y a Manuel Morales Martín. En aquel templo del naturalismo, rodeado de cajas entomológicas, microscopios, minerales y magníficos libros, aromatizados por los olores de la creosota, la naftalina y el acetato de etilo, tenían lugar unas tertulias enriquecedoras sobre la naturaleza, el medio ambiente, la flora y la fauna de la región macaronésica, el origen de las islas, las terribles talas de los bosques canarios y la necesidad imperiosa de frenar el deterioro ambiental y la introducción de especies foráneas. De política poco hablábamos, como no fuera para contar el último chiste

de Franco (que la derecha etiquetaba como “chistes de la alpargata”), la penúltima cacicada del gobernador civil de turno o el desconocimiento generalizado que, sobre el medio natural canario, “atesoraban” quienes regían nuestros destinos con la bendición de Madrid.

Los tres naturalistas me adoptaron casi de inmediato, me transmitieron múltiples enseñanzas y, de alguna manera, contribuyeron eficazmente a la elección del grupo de insectos del que, más tarde, debería ocuparme para la realización de mi tesis doctoral. Rafa y yo conectamos muy pronto; a mí me atrajo el surrealismo que destilaba por todos los poros de su disparatada humanidad chicharrera, y a él mi chispa lagunera propensa a las coñas marineras.



Antonio Machado, Rafa Arozarena y Checho Bacallado

Desde luego, Arozarena no era un entomólogo al uso; fue un gran colector, un mediano preparador y dejó la impronta de una decena de publicaciones y comunicaciones científicas en revistas especializadas, tales como *Graellsia*, *Vieraea* o *Estudios Canarios*. Aunque colectaba todo lo que de interés se ponía a su alcance, su especialidad era el estudio de los himenópteros, ocupándose de las familias: calcídidos, encirtidos, euménidos y otras, con la vista puesta en la lucha biológica contra las plagas de las plantas cultivadas, algo que, junto a Fernández, defendía a capa y espada. Fue un efectivo garante del medio natural y le horrorizaban las agresiones al paisaje y a nuestros frágiles ecosistemas; siempre decía que la instalación del teleférico en el Teide fue una brutal agresión al mejor paisaje canario, un insulto a nuestro totem, lo que supuso para él abandonar sus continuadas visitas al volcán. Un día lo comprometí para ir a coleccionar al Parque Nacional, creo recordar que en aquella ocasión también estuvieron presentes Fernández y Morales. Aún resuenan en mis oídos sus imprecaciones en contra del

referido teleférico, mientras que durante la noche trabajábamos alrededor de una trampa luminosa capturando lepidópteros nocturnos (falenas, apagaluces y polillas) en las faldas del volcán junto a los Roques de García. Ese día me obsequió uno de sus primeros poemarios, existencial y surrealista, que había visto la luz unos meses antes, en 1971: *El ómnibus pintado con cerezas*.

Rafa adoraba el mar, lo admiraba, lo respetaba y le cantaba. Era más bien hombre de orilla, de pantalón remangado y chancletas para pasear por el intermareal en busca de caracolas. Le gustaba contemplarlo y reflexionar junto a él, como cuando huía en busca de soledad en el macizo de Anaga, soledad compartida con Isaac de Vega, Antonio Bermejo, José Antonio Padrón y Manuel Morales (el “Bolo”), que era el benjamín y, según Rafa, el que quería convertir Fetasa en una sociedad. Aunque me invitó a ir, nunca conocí la cueva del acantilado desde donde dominaban el mar, mientras daban buena cuenta del “laterío”, los bocatas y el vino, dándose una mutua paliza de filosofía fetasiana, fabulaciones y chistes malos, en tanto que las gaviotas volaban a la altura de tan peligroso mirador.

Sin embargo, era un pésimo marinero y tenía pánico a navegar. En julio de 1977 logré convencerlo para que me acompañara a La Gomera y colaborara en el estudio que, sobre biodiversidad del Parque Nacional de Garajonay, llevábamos a cabo un grupo de investigadores de la Universidad de La Laguna por encargo del ICONA; embarcamos desde Los Cristianos en el primitivo y pequeño Benchijigua, donde Rafa hizo todo el trayecto aferrado a la barandilla y haciendo un conteo de las pardelas y gaviotas, mientras recibía la fuerte brisa de ese Atlántico

“Me atrajo el surrealismo de su disparatada humanidad”

tan suyo. No mareó, lo que celebró el resto del día con una euforia incontinida, cual si fuera el mayor triunfo de su vida. La estancia de una semana en la isla, el trabajo de campo y las tertulias diarias en la casa forestal de Vallehermoso, donde pernoctábamos, fueron épicas. Algunas anécdotas están recogidas en la conversación que mantuvimos con él cuando le nombramos socio de honor de nuestra Asociación de Amigos del Museo en el año 1998 (*Makaronesia*, nº 1, 1999).

Un día le preguntamos qué era eso de “Fetasa”, a lo que contestó sin titubear: “Fetasa no es nada”. Luego añadió, “Fetasa es sencillamente una palabra comodín, algo que inventamos unos pocos literatos, bohemios y filósofos: una especie de bohemia subversiva”. Quien mejor lo ha definido es el profesor, escritor, amigo, Premio Canarias, Luis Alemany (*Diario de Avisos* del 1 de octubre de 2009), cuando dice: “Posiblemente la mayor broma de Rafa fue inventarse Fetasa, como una coña marinera alrededor de la cual se sintiera lúdicamente identificado su íntimo grupo de amigos (Isaac, Padrón, Bermejo), pero con tan mala –¿o buena?– suerte que, a la tertulia que estableció entonces en el Arkaba, a finales de los años



setenta, asistían miembros de la generación inmediata, que se tomaron en serio lo que solo era una broma, mitificándola, y obligando a Rafa a convertirse en pontífice de un movimiento estético, en el que nunca creyó, pero con el que jugaba”.

Añado que el afán de protagonismo de nuestro amigo Rafael era prácticamente nulo; gozaba y soñaba con lo que hacía, se divertía y vivía de ensoñaciones, como las que le llevaron a parir *Mararía*. En ocasiones hacía gala del niño que llevaba dentro. Rafa, como muy bien apostilla Juan Cruz Ruiz: “...era, más bien, un hombre humilde, agazapado detrás de la fortuna de tener amigos, a los que cuidó como en su momento cuidó las mariposas, con delicadeza, con hondura” (*Diario de Avisos*, art. cit.).

De su boca supe la historia de *Mararía* tal y como él dice que se la contaron, de cómo la urdió y casi enloqueció en la pequeña casamata de la montaña de Femés, donde había sido

destinado en su trabajo de telegrafista. En los pocos meses que duró su destino en Lanzarote, en aquel pequeño territorio quemado por el volcán, llegó a perder el sentido del tiempo, del alba y del ocaso, embriagado de vino y alimentado malamente con higos pasados y sardinas en salazón. Bajo su mirada el infierno de Timanfaya le parecía distinto cada día, preñado de colores ocre, rojizos, o de negros malpaíses, plumizas lavas cordadas y líquenes multicolores. Más tarde renegaría de su relato estrella, la novela que lo catapultó y le dio fama y reconocimiento, para centrarse en su preferida, *Cerveza de grano rojo*, una suerte de autobiografía de su mundo onírico y fetasiano.

Desde estas páginas honramos al amigo, al escritor, al poeta; también tus “bichos”, que conservamos como reliquias en los fondos del Museo, son inmortales como tu huella. Hasta pronto Rafa, en ese agujero azul celeste de tu particular galaxia nos encontraremos. Como tú siempre decías, parodiando la televisión en blanco y negro de la época y soltando una sonora ventosidad, *despedida y cierre*.

Abrí
la ventana.
Vi
latiendo al mundo,
encendido corazón de todos.
Estaba
sostenido por los hombres.
Yo solo era en la ventana
Rafael Arozarena.
Mirad qué poco.
A diario me veía
trozo de vidrio, cristal
de puro vacío
donde la luz del mundo, por caridad, dejaba
una brasa encendida.
(La vanidad no cuenta entre el hombre y la nube).
¡Rafael! ¡Rafael! Me gritaba el viento.
Me buscaba el viento. Me sabía el viento
grano de arena que aventar.
Y en la noche salí de mi casa
sin vendarme los ojos, sin atarme
las manos. Me puse
delante de la tapia
y al viento le di en un grito
la orden de mi muerte.
Latiendo el mundo, encendido,
grandioso corazón de todos
sostenido por nuestros hombros
para siempre.
Aprendí la palabra
somos.

